

DE LA FERIA

## Á TRAVÉS DEL TIEMPO

La feria llega: Un paréntesis de agitación ábrese en la monotonía insoportable de este vivir provinciano, y durante unos días el bullicio, la a'gazara, turban la paz solemne, casi augusta, que durante un año envuelve á nuestra ciudad.

Ciudad Real se viste de galas: sus calles, sus plazas, sus paseos adornados, ricamente a'umbrados, la hacen aparecer señorial, espléndida.

Días de sol, de alegría, de color, en los que las mujeres, lujosamente ataviadas, tienen una perenne sonrisa en sus labios y una mirada de agradecimiento para nuestros galanteos.

Días de toros, de emoción, en los que en la plaza admiraremos á una mujer de soberana belleza, de labios sensuales, rojos como los claveles que manchan su mantilla y prenden en su pecho... y contemplándola acudirá á nuestra memoria el recuerdo de una mujer morena, de leyenda, que se llamó Carmen... Y veremos á estas exquisitas con encantadora coquetería llevarse la mano á la cara horrorizadas á cada lance de la lidia.

La feria llega: En el Real de la Feria, entre risas y flirteos, el crepúsculo vespertino sirve de proemio á una noche clara, de luna, de indescifrables misterios.

De pronto entre tanta animación, entre tanto ruido diverso, nos hemos puesto tristes, ha acudido á nuestra memoria el recuerdo de todo un año pasado, y ante este pensamiento fijo ya hasta convertirse en obsesión, pensamos en nuestra vida llena de monotonía, siempre igual...

... En las noches frías, interminables del invierno, en las que al amor de la lumbre leíamos *La Ciudad de la Niebla*, de Pío Baroja; y en las horas de sol en

que salimos al campo recreando nuestra vista por la llanura parda, hosca, estéril...

En aquellos otros días primaverales, en que empiezan á reverdecer los campos, los árboles, llenos de savia, y nuestros cuerpos se animan intensos al calor de un sol vivificante. En las tardes dominadas en que en un paseo la banda nos dá



FRANCISCO ESPADAS

á conocer una sonata y nuestra atención se distrae al paso de una muchachita rubia, esbelta, de ojos color de cielo.

... En los días estivales, en las horas de siesta, reclusos en casa leyendo á Ramírez-Angel, *La vida de siempre*, diciéndonos lo prosáico de nuestro vivir..

Y después, por último, el otoño: y el recuerdo amargo, triste de un amigo que se fué para no volver más, en un día grisáceo, preñado de nostálgicos recuerdos, mientras la hojarasca cubría los guijarros desprendida por la ventisca..

Y á un mismo tiempo, pecho adentro, hemos sentido unas ansias infinitas de vivir, de morir, y confundidas hemos visto á la Vida y á la Muerte: La primera indicándonos sonriente un camino largo, interminable; la segunda señalando—á un reloj quizá—invisible, una hora....

Y ligeramente afectados procuramos olvidar confundiéndonos entre la multitud siempre la misma á través de todo tiempo.

Francisco ESPADAS GARCIA